

Resumen de la Encíclica *Laudato Si'*

Introducción: alabanza, comunión y responsabilidad

El Papa Francisco inicia *Laudato Si'* con las palabras del cántico de san Francisco de Asís —“*Alabado seas, mi Señor*”—, que expresan una espiritualidad de alabanza y comunión con toda la creación. Desde esta actitud contemplativa, el Pontífice propone una reflexión teológica y ética sobre la crisis ecológica que atraviesa el mundo contemporáneo.

El Papa recuerda que san Francisco “*manifestaba una atención particular hacia la creación de Dios y hacia los más pobres y abandonados*” (*Laudato Si'*, n. 10). Por ello, el eje fundamental de la encíclica es la **ecología integral**, que articula el cuidado de la naturaleza, la justicia con los pobres y la paz interior. Francisco denuncia con fuerza el deterioro ambiental global, afirmando que “*la tierra, nuestra casa, parece convertirse cada vez más en un inmenso depósito de porquería*” (n. 21). La raíz de esta crisis no es sólo técnica o económica, sino moral y espiritual: una visión antropocéntrica desviada que considera al ser humano “*dueño absoluto de la creación*” (n. 68).

El Santo Padre propone, por tanto, una conversión ecológica que brote de la fe: reconocer la creación como don de Dios y asumir la responsabilidad de custodiarla. “*Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al asombro y a la admiración, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos naturales*” (n. 11).

El diagnóstico: una crisis ecológica y humana

El Papa dedica la primera parte de la encíclica a examinar los principales síntomas del deterioro ambiental: la contaminación, el cambio climático, el agotamiento de los recursos, la pérdida de biodiversidad y la degradación social. No se trata sólo de datos científicos, sino de una “**crisis del hombre mismo**”, pues “*no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental*” (n. 139).

Desde esta perspectiva, el daño ecológico afecta especialmente a los más pobres. “*Tanto la experiencia común de la vida cotidiana como la investigación científica muestran que los efectos más graves de todas las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre*” (n. 48). Así, la injusticia ecológica se convierte también en injusticia social: los que menos contaminan son quienes más sufren las consecuencias. Francisco denuncia la cultura del descarte, que reduce todo —incluso la vida humana— a objeto de consumo y desecho. “*El paradigma tecnocrático tiende a ejercer su dominio también sobre la economía y la política*” (n. 109). La obsesión por el beneficio inmediato lleva a una “globalización de la indiferencia” (n. 52), que impide ver el clamor de la tierra y el clamor de los pobres como un solo grito.

Este diagnóstico es, a la vez, un **llamado ético**: reconocer que el cuidado de la creación no es una opción estética o romántica, sino una exigencia de justicia y de fe. “*El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos*” (n. 95).

Raíces teológicas: la creación como don y comunión

Desde una lectura teológica, *Laudato Si'* recupera la visión bíblica de la creación como don de Dios y espacio de comunión. “*El mundo salió de las manos de Dios, que lo ama y lo sostiene constantemente*” (n. 77). La fe cristiana invita a contemplar la naturaleza como un libro en el que Dios se revela: “*En cada criatura hay una huella de la Trinidad*” (n. 239).

Francisco rechaza una lectura distorsionada del Génesis según la cual el mandato de “dominar la tierra” (Gn 1,28) justificaría el abuso sobre la creación. Por el contrario, el texto bíblico expresa una vocación de **cuidado**

y servicio: “*Dominar quiere decir cuidar, labrar y proteger*” (n. 67). El ser humano es administrador y no propietario del mundo; está llamado a ejercer un “dominio responsable”. El Papa también destaca el valor sacramental del mundo creado: “*El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay una mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre*” (n. 233). Esta mirada sacramental une la contemplación y la acción, la fe y el compromiso.

De este modo, la ecología integral es también una **teología de la encarnación**: Cristo asumió la materia y la redimió, y “*el mismo Jesús asumió en sí este mundo material y ahora, resucitado, habita en lo íntimo de cada ser, rodeándolo con su cariño y penetrándolo con su luz*” (n. 221). Por eso, cuidar la creación es una forma de cooperar con la obra redentora de Dios.

Conversión ecológica y ética del cuidado

En el centro de la encíclica se encuentra una llamada a la **conversión ecológica**. No se trata de un cambio superficial, sino de una transformación del corazón y de la mentalidad. “*La crisis ecológica es un llamado a una profunda conversión interior*” (n. 217). Francisco propone una espiritualidad del cuidado, donde la fe se traduzca en gestos concretos de respeto, sobriedad y solidaridad. “*Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa*” (n. 217). La ética ecológica no es un añadido opcional, sino una expresión coherente del amor cristiano.

El Papa critica con fuerza el consumismo moderno, que conduce al vacío existencial: “*Cuanto más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir*” (n. 204). Frente a este modelo, invita a recuperar la sencillez y la gratuidad, la capacidad de disfrutar de lo pequeño y compartir con los demás. Asimismo, *Laudato Si'* reclama una **educación ecológica** que fomente nuevos hábitos y virtudes sociales. “*No bastan los equilibrios ecológicos superficiales o transitorios, sino que hace falta una verdadera conversión del corazón humano*” (n. 217).

Esta conversión implica reconocer que todos los seres están conectados: “*Todo está conectado*” (n. 91). Por ello, el respeto a la vida humana —desde la concepción hasta la muerte natural— y el cuidado del ambiente forman parte de una misma ética de la vida.

Dimensión social y política del compromiso ecológico

Desde una visión ética y social, Francisco llama a un **nuevo orden económico y político** orientado al bien común y no al beneficio inmediato. “*La política no debe someterse a la economía, y ésta no debe someterse a los dictámenes del paradigma tecnocrático*” (n. 189).

Propone una política ecológica valiente, capaz de superar los intereses particulares y asumir decisiones de alcance global: “*Se necesita una política que piense con visión amplia, y lleve adelante un replanteo integral del desarrollo*” (n. 197). En este sentido, la solidaridad intergeneracional es un principio ético esencial: el mundo no nos pertenece solo a nosotros, sino también a quienes vendrán. Francisco insiste en que los cambios estructurales deben ir acompañados de un cambio cultural profundo. “*No habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano*” (n. 118). La ecología integral exige repensar el modo de producción, el consumo, la economía y la educación, integrando justicia, sostenibilidad y espiritualidad.

Espiritualidad ecológica: alegría, alabanza y esperanza

En el tramo final, el Papa propone una **espiritualidad ecológica**, donde la fe se exprese en gratitud y alegría. La contemplación del mundo como don suscita una alabanza constante: “*El creyente reconoce a Dios en las criaturas y en su belleza canta su gloria*” (n. 87).

Esta espiritualidad no evade la realidad, sino que la transforma: “*La sobriedad vivida con libertad y de manera consciente es liberadora*” (n. 223). Es una invitación a redescubrir el gozo de la comunión y del servicio, frente al aislamiento consumista.

El Papa concluye con una oración que resume el espíritu de toda la encíclica: “Derrama sobre nosotros el poder de tu amor, para que protejamos la vida y la belleza. Llénanos de paz, para que vivamos como hermanos y hermanas, sin dañar a nadie.” (Oración por nuestra tierra, n. 246)

Laudato Si' es una encíclica profética que integra teología, ética y ecología en una visión unificada de la realidad. Francisco propone una **ecología integral** que vincula la relación con Dios, con los demás y con la tierra. Desde la fe, el cuidado del ambiente es una forma de participar en la redención de Cristo; desde la ética, es un acto de justicia hacia los pobres y las generaciones futuras. En palabras del Papa: “*El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral*” (n. 13). Así, la alabanza —“*Laudato Si'*”— se convierte en compromiso: cuidar la creación, servir a los pobres y alabar al Creador con una vida que refleje gratitud y amor.

Resumen de la Exhortación Apostólica *Laudate Deum*

El papa Francisco abre *Laudate Deum* retomando el espíritu de san Francisco de Asís y de su anterior encíclica *Laudato si'*. Ocho años después de aquella carta, el Papa constata que “no tenemos reacciones suficientes mientras el mundo que nos acoge se va desmoronando” (n. 2). La crisis climática ya no es una cuestión ideológica o secundaria: es un drama que afecta a toda la humanidad, especialmente a los más pobres. El Papa subraya que “el impacto del cambio climático perjudicará de modo creciente las vidas y las familias de muchas personas” (n. 2). Por eso, dirige su mensaje “a todas las personas de buena voluntad”, no solo a los creyentes, invitando a una conversión ecológica global.

Francisco recuerda que el cambio climático es un problema social global, íntimamente relacionado con la dignidad humana: “Nuestro cuidado mutuo y nuestro cuidado de la tierra están íntimamente unidos” (n. 3). De allí que la respuesta no puede limitarse a medidas técnicas, sino que requiere un cambio profundo de mentalidad, valores y estilo de vida.

El Pontífice parte de una constatación clara: “Por más que se pretendan negar, esconder o relativizar, los signos del cambio climático están ahí, cada vez más patentes” (n. 5). El planeta experimenta una aceleración inusual del calentamiento, perceptible incluso a lo largo de una sola generación. El aumento del nivel del mar, el derretimiento de los glaciares y los fenómenos extremos son ya visibles.

El Papa denuncia las resistencias ideológicas y económicas que intentan minimizar el problema. Algunos lo ridiculizan o culpan a los pobres, cuando en realidad “un bajo porcentaje más rico del planeta contamina más que el 50% más pobre de toda la población mundial” (n. 9). En cuanto a las causas, Francisco afirma sin ambigüedad: “Ya no se puede dudar del origen humano (‘antrópico’) del cambio climático” (n. 11). Las emisiones de gases de efecto invernadero se dispararon desde la revolución industrial y han alcanzado niveles sin precedentes: en 2023 se registraron 423 partes por millón de dióxido de carbono, la cifra más alta en la historia (n. 11). También advierte sobre las consecuencias irreversibles de esta crisis: “Algunas manifestaciones de esta crisis climática ya son irreversibles al menos por cientos de años” (n. 15). El derretimiento de los polos, la acidificación de los océanos y la pérdida de biodiversidad son heridas profundas en el cuerpo del planeta. Frente a quienes tildan de “apocalípticos” los diagnósticos ecológicos, Francisco advierte que “la posibilidad de llegar a un punto crítico es real” (n. 17). No se trata de alarmismo, sino de responsabilidad ante las generaciones futuras.

Una parte central de la exhortación es la crítica al paradigma tecnocrático, raíz cultural de la crisis ecológica. Según Francisco, este paradigma “es un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla” (n. 20). Se basa en la ilusión de un poder humano sin límites, que pretende dominarlo todo.

El Papa advierte que la tecnología, aunque valiosa, se ha unido a una mentalidad de dominio: “Todo lo que existe deja de ser un don que se agradece, se valora y se cuida, y se convierte en un esclavo, en víctima de cualquier capricho de la mente humana” (n. 22). El poder tecnológico sin ética se vuelve peligroso: “Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre

sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien” (n. 23). Por eso, Francisco propone repensar el sentido del poder humano, reconociendo sus límites y orientándolo al bien común. No se trata de negar la técnica, sino de integrarla en una visión más humana y espiritual de la existencia. La ética y la espiritualidad, afirma, deben ser el contrapeso del poder científico y económico: “El inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores y conciencia” (n. 24). Además, también denuncia las falsas promesas del progreso económico, como la “meritocracia” sin justicia social o la búsqueda del “máximo beneficio con el menor costo” (n. 31). Estas ideologías, bajo apariencia racional, destruyen la casa común y perpetúan desigualdades.

Francisco dedica varias secciones a analizar las debilidades del multilateralismo. Denuncia que las crisis globales — como la pandemia o la crisis financiera— no se han aprovechado para provocar cambios reales: “Las verdaderas estrategias que se desarrollaron posteriormente se orientaron a más individualismo y desintegración” (n. 36).

El Papa llama a reconfigurar el sistema internacional, promoviendo una cooperación más democrática y eficaz: “Debe darse lugar a un multilateralismo que no dependa de las circunstancias políticas cambiantes ni de los intereses de unos pocos” (n. 35). En este sentido, el multilateralismo “desde abajo”, impulsado por la sociedad civil, puede ser una respuesta creativa y ética ante los desafíos ambientales (n. 38).

Respecto a las conferencias climáticas, el Papa repasa los logros y fracasos de la COP21 de París y las posteriores. Aunque reconoce avances, lamenta la falta de cumplimiento real: “Los acuerdos han tenido un bajo nivel de implementación porque no se establecieron adecuados mecanismos de control y sanción de los incumplimientos” (n. 52). Con vistas a la COP28 en Dubái, el Papa lanza un llamado profético: “Ojalá quienes intervengan puedan ser estrategias capaces de pensar en el bien común y en el futuro de sus hijos” (n. 60). La humanidad se encuentra ante una encrucijada: o se produce una transición energética drástica, eficiente y solidaria, o se pondrá en riesgo la vida misma del planeta.

En el último capítulo, Francisco dirige una reflexión espiritual tanto a los creyentes como a toda persona sensible al bien común. Retoma el mensaje bíblico del Génesis: “Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno” (Gn 1,31; n. 62). De esta visión nace la responsabilidad del ser humano: custodiar la tierra como don de Dios.

El Papa recuerda que “las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, porque el Resucitado las envuelve misteriosamente y las orienta a un destino de plenitud” (n. 65). Cada ser del universo tiene un valor sagrado y está unido al resto en una “familia universal” (n. 67). Desde esta perspectiva, la conversión ecológica implica reconciliarse con el mundo que nos alberga, asumir un estilo de vida sobrio y solidario, y comprometerse con acciones concretas de cuidado. Aunque reconoce que las soluciones estructurales dependen de la política, Francisco insiste en que “todo suma, y evitar entre todos un aumento de una décima de grado ya puede ser suficiente para evitar sufrimientos” (n. 70).

El Papa concluye con una advertencia teológica: “**Un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el peor peligro para sí mismo**” (n. 73). Por eso, *Laudate Deum* no es sólo un documento ambiental, sino una exhortación a recuperar la humildad, la gratitud y la alabanza como actitudes centrales para sanar nuestra relación con la creación.

Laudate Deum es una exhortación breve pero intensa, que complementa y actualiza *Laudato si'*. Con un tono más urgente y profético, Francisco denuncia la pasividad ante la crisis climática y propone una conversión integral: ecológica, ética, política y espiritual. Su llamado se resume en una convicción: “Todo está conectado y nadie se salva solo” (n. 19). El documento interpela a las conciencias, invitando a “alabar a Dios” no sólo con palabras, sino cuidando la tierra y a los pobres. En definitiva, Francisco ofrece una teología de la esperanza activa, en la que la fe se traduce en compromiso con la vida y con el futuro de la humanidad.

Comparación entre *Laudato Si'* y *Laudate Deum*

Contexto y propósito

Laudato Si' (2015) es la gran encíclica ecológica del Papa Francisco. Surge como una reflexión teológica, ética y pastoral sobre el cuidado de la “casa común” y la necesidad de una **ecología integral**, que una la justicia social, el cuidado ambiental y la espiritualidad cristiana. Fue escrita en un contexto de creciente preocupación ambiental y desigualdad social, y busca inspirar un cambio cultural profundo.

Laudate Deum (2023), en cambio, es una **exhortación apostólica posterior** que actualiza y complementa *Laudato Si'*. Ocho años después, el Papa constata con dolor que las advertencias no fueron escuchadas: “*No tenemos reacciones suficientes mientras el mundo que nos acoge se va desmoronando*” (LD 2). Es un texto más breve, directo y urgente, dirigido “a todas las personas de buena voluntad” ante la **crisis climática**.

- *Laudato Si'* es **fundacional y pedagógica**, de tono contemplativo y propositivo. *Laudate Deum* es **profética y exhortativa**, con tono de advertencia moral y llamado a la acción inmediata.

El enfoque teológico: la creación como don y comunión

Ambos documentos comparten una raíz teológica común: la creación como don de Dios y lugar de comunión. En *Laudato Si'*, Francisco afirma: “*El mundo salió de las manos de Dios, que lo ama y lo sostiene constantemente*” (LS 77).

El Papa propone una espiritualidad de la alabanza y del cuidado, inspirada en san Francisco de Asís: “*Si nos acercamos a la naturaleza sin apertura al asombro y a la admiración... nuestras actitudes serán las del dominador o del mero explotador*” (LS 11).

En *Laudate Deum*, esta teología de la creación se mantiene, pero adquiere un tono más escatológico y ético: la creación se presenta como una víctima del pecado estructural y de la indiferencia humana. Francisco afirma: “*Las demás criaturas de este mundo han dejado de ser compañeros de camino para convertirse en nuestras víctimas*” (LD 15).

Mientras *Laudato Si'* subraya el **don y la belleza de la creación**, *Laudate Deum* denuncia su **profanación y sufrimiento**. Ambas convergen en una teología relacional: el ser humano no está fuera de la naturaleza, sino inmerso en ella —“*somos parte de ella y estamos interpenetrados*” (LD 25)—, pero llamado a ejercer un cuidado responsable.

3. Diagnóstico del problema: del paradigma tecnocrático a la crisis climática

En *Laudato Si'*, Francisco identifica el “**paradigma tecnocrático**” como la raíz cultural del deterioro ambiental. Este modo de pensar supone que “*la realidad, el bien y la verdad brotan espontáneamente del poder tecnológico y económico*” (LS 105). El Papa denuncia la idolatría del progreso y la lógica del consumo, que han generado una “globalización de la indiferencia” (LS 52).

Laudate Deum retoma y profundiza esa crítica, pero la concreta en el fenómeno del **calentamiento global**. A diferencia de la encíclica, aquí el Papa cita datos científicos precisos y se dirige con tono casi profético: “*Ya no se puede dudar del origen humano del cambio climático... En los últimos cincuenta años el aumento se aceleró notablemente*” (LD 11-12).

El “paradigma tecnocrático” se ha vuelto, en palabras del Papa, un “**poder desbocado**” que amenaza la supervivencia humana. “*Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien*” (LD 23).

En síntesis:

- *Laudato Si'* denuncia la **mentalidad de dominio**.
- *Laudate Deum* denuncia la **urgencia de sus consecuencias**.

La segunda no reemplaza a la primera, sino que la actualiza con datos concretos, mostrando que la indiferencia ética se ha convertido en una crisis real y visible.

Dimensión ética y social: del clamor de los pobres a la injusticia climática

En ambas exhortaciones, la preocupación por el ambiente es inseparable de la justicia social. En *Laudato Si'*, Francisco afirma: “*No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental*” (LS 139).

El Papa muestra cómo la degradación ambiental golpea primero a los pobres, los cuales “*son los más afectados por el deterioro ambiental*” (LS 48). Su ética es, por tanto, una **ética del cuidado y de la solidaridad universal**.

En *Laudate Deum*, este principio se radicaliza: el cambio climático es presentado como una forma de **pecado estructural**. “*El cambio climático pone de manifiesto un impactante ejemplo de pecado estructural*” (LD 3). Además,

el Papa denuncia la desigualdad ecológica global: “*Un bajo porcentaje más rico del planeta contamina más que el 50% más pobre de toda la población mundial*” (LD 9).

La injusticia ecológica se convierte así en **injusticia climática**. Francisco reclama responsabilidad ética a los países desarrollados y llama a los líderes políticos a actuar con valentía.

Ambos textos comparten una visión profundamente **antropológica y comunitaria**: el cuidado de la tierra y el cuidado del otro son inseparables. Sin fraternidad humana, no hay ecología integral.

Política, poder y responsabilidad global

En *Laudato Si'*, el Papa pide una “**política ecológica global**” que supere los intereses particulares: “*La política y la economía tienden a culparse mutuamente cuando se trata de la pobreza y del deterioro del ambiente... pero lo que se necesita es una política que piense con visión amplia*” (LS 197).

Sin embargo, en *Laudate Deum* el tono se endurece. El Papa expresa su decepción ante la **falta de acción internacional** y el incumplimiento de los acuerdos climáticos: “*Los acuerdos han tenido un bajo nivel de implementación porque no se establecieron adecuados mecanismos de control y sanción de los incumplimientos*” (LD 52).

Francisco llama a un **nuevo multilateralismo** basado en la ética y no en la conveniencia política, insistiendo en que “*si los ciudadanos no controlan al poder político, tampoco es posible un control de los daños ambientales*” (LD 38).

De la esperanza pedagógica de *Laudato Si'* se pasa al **clamor urgente de Laudate Deum**: el tiempo se agota. El Papa plantea la necesidad de medidas drásticas, verificables y vinculantes, especialmente en la transición energética (LD 59).

Espiritualidad y conversión ecológica

Ambos documentos culminan en la **espiritualidad del cuidado**. En *Laudato Si'*, Francisco propone una “conversión ecológica” que transforme el corazón: “*La crisis ecológica es un llamado a una profunda conversión interior*” (LS 217).

Esta conversión se expresa en actitudes concretas: gratitud, sobriedad, humildad y solidaridad. La ecología integral es, en última instancia, una forma de vivir el Evangelio.

En *Laudate Deum*, el Papa retoma esa espiritualidad, pero la sitúa en el horizonte de la urgencia y la comunión cósmica: “*Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno*” (LD 68).

El tono es más místico y corporal: la herida del planeta es una herida en el cuerpo humano y en el Cuerpo de Cristo. Cuidar la creación es un acto de fe y esperanza: “*‘Alaben a Dios’ es el nombre de esta carta. Porque un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el peor peligro para sí mismo*” (LD 73).

Conclusión: continuidad profética y madurez pastoral

Laudato Si' y *Laudate Deum* forman una **unidad orgánica**, como dos capítulos de un mismo magisterio ecológico.

- La primera presenta la **visión teológica y ética** del cuidado de la creación.
- La segunda urge su **puesta en práctica y conversión concreta** ante la crisis climática.

En *Laudato Si'*, Francisco enseña; en *Laudate Deum*, advierte. En la primera se alaba la creación; en la segunda se lamenta su deterioro. Pero en ambas resuena una misma fe: la convicción de que “*todo está conectado*” (LS 91; LD 19) y que sólo una humanidad reconciliada con Dios, con los demás y con la tierra podrá vivir en paz.